

América Latina y Pablo Rodríguez nos señala la fuente ideal: los procesos civiles por alimentos.

El autor incluye en su trabajo un capítulo sobre la vida material en Nueva Granada, en el cual describe y analiza la casa y las pertenencias de las familias de los diferentes grupos sociales; nos habla de su mobiliario y menaje: unos, los menos, poseían cortinajes, cubiertos de plata, estrados, espejos, camas, vajillas, trastos de peltre; los más pobres dormían en hamacas y contaban con un pobre menaje con trastos de barro y madera y, si acaso, alguna pintura religiosa. Rodríguez hace un importante señalamiento respecto del espacio doméstico y la estructura familiar: en los grupos pudientes era más frecuente la familia de tres generaciones puesto que los padres pedían a sus hijos que se quedaran bajo la promesa de su herencia; no así los pobres, quienes, debido a las necesidades de sobrevivencia eran rápidamente expulsados de la casa, ya sea porque eran colocados como criados o aprendices, o bien, cuando se casaban, ponían su casa aparte, aun-

que era común que los parientes fuesen también vecinos.

Sólo me resta señalar un tema importante que creo conveniente discutir, lo cual no resta cualidades al trabajo de Pablo Rodríguez; al contrario, éste tiene el mérito de ponerlo sobre la mesa: se trata de la clasificación de las comunidades domésticas.

Los historiadores tenemos la necesidad de clasificar para entender y explicar el problema que nos ocupa, pero al hacerlo somos necesariamente parciales, pues damos énfasis a algunos aspectos dejando de lado otros que pudieran ser importantes. Tal es el caso de la familia, asunto tan importante como complejo. Pablo Rodríguez aplica a la Nueva Granada del siglo XVIII la clasificación propuesta por Peter Laslett, pero la riqueza de los datos que arroja la documentación neogranadina rebasa con mucho tal clasificación, pues al poner el énfasis en la conyugalidad, y en cierta medida en el parentesco, quedan desdibujados varios tipos de comunidades domésticas que existían en las sociedades de nuestro conti-

nente; por ejemplo, aquellas que incluían arrimados, recogidos, esclavos, sirvientes, así como las que estaban formadas por abuelo-nieto, tío-sobrino, padrino-ahijado. La mayor confusión surge en el grupo de los solitarios o grupo doméstico sin estructura familiar, ya que en éste se considera a quienes sí tienen lazos de parentesco tan cercanos como los hermanos. La palabra solitarios produce desconcierto, ya que las personas que conviven bajo el mismo techo, aunque no tengan lazos de parentesco, se dan compañía y no pocas veces cariño. La cuestión de fondo para quienes nos interesamos en conocer y comprender la familia, se centra en la conveniencia de seguir aplicando la clasificación de Laslett o buscar otras formas que tomen en cuenta la complejidad de las comunidades domésticas latinoamericanas.

En suma, el libro *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada, siglo XVIII*, constituye un punto de partida para futuras investigaciones sobre la historia de las comunidades domésticas en Colombia y en toda América Latina.

El género de lo político

Lilia Venegas

Anna Ma. Fernández Poncela, *Hombres, mujeres y política: una mirada desde la opinión pública y sus protagonistas*, México, UAM-Xochimilco, 1997, 226 pp.

Los temas de la cultura política han llamado la atención de manera notable en los últimos años. Se

sabe que las actitudes, prácticas, creencias, juicios y prejuicios de los y las ciudadanas frente al poder, son, por supuesto, histórica y socialmente determinados. Así, a nadie debe sorprender que lo que la opinión pública hoy reprueba escandalizada, haya sido tolerado y quizás hasta valorado hace apenas algunas décadas.

El voto femenino, sin ir más lejos, se consideraba a principios de este siglo como inapropiado, peligroso y hasta inmoral. Hoy sería prácticamente imposible imaginar el atrevimiento de un comentario de ese tipo. Con todo, el mundo de la política (de la formal o institucional) como la adjetiva Anna Fernández, permanece como uno de los

ámbitos de lo social menos amables para las mujeres.

Hombres, mujeres y política... es un libro escrito bajo esa preocupación. Trabajos previos de la misma autora documentan ampliamente el carácter marginal de la participación de las mujeres en cargos públicos de alto nivel. Pero este texto obedece también a otras inquietudes estrechamente vinculadas a la masculinización de la política. Para empezar, una cuestión de método: sospechar e indagar, incluso, del propio punto de partida: ¿qué tan masculinizada está hoy la política para la opinión pública? Y ya en ese camino, abordar y cuestionar un “rosario de temas” de los que suelen habitar el sentido común.

Es claro: el foco está puesto sobre las mujeres, pero en este estudio los hombres están afortunadamente presentes: casi 50 y 50. Anna Fernández coordinó el levantamiento de más de mil cuestionarios en 19 estados de la república mexicana y realizó un buen número de entrevistas a mujeres y hombres dedicados a la política. Consultó, además, montañas de estudios y encuestas de opinión con los que contrasta paso a paso los resultados de su propio trabajo. Sólo así puede atacarse por tantos frentes: desde la ciencia política y su coraza antifeminista hasta la revisión de cuanto se ha dicho sobre la cultura política femenina.

La exposición del trabajo está organizada en seis capítulos (más bibliografía y anexos). Abre fuego contra la “miopía de género en la teoría política” y cierra con dos capítulos en los que reflexiona sobre algunas de las más interesantes conclusiones a las que la llevan las respuestas y comentarios de los cuestionarios y las entrevistas: la cultura política femenina, el conservadurismo femenino, los obstáculos y posibilidades de las mujeres en el espacio público político.

Los tres capítulos intermedios (II, III y IV) ofrecen un vasto y rico panorama de las opiniones, actitudes, valores, preferencias y comportamientos de los y las mexicanas a cuatro años del fin de siglo. Para cada una de las cuestiones a tratar, la autora incorpora, además del sexo como variable central, la edad, la escolaridad, la ocupación y el ingreso. El juego y cruce de estas variables permite, por un lado, lecturas parciales o sesgadas de acuerdo con el interés del lector o lectora y, por otro, dan pie para avanzar y aun romper con algunas de las ideas más generalizadas acerca de la vinculación de las mujeres con la política, tal como en el texto se hace notar.

A manera de invitación a la lectura, comentaré sólo algunos de los aspectos que desde mi punto de vista revisten mayor interés y que se refieren a la cuestión de la diferencia entre hombres y mujeres frente a la política. Sobra aclarar que se trata de una diferencia socialmente adquirida, de ninguna manera natural o innata. Con todo, el punto no deja de generar polémica (aun entre especialistas de los estudios de género) y atraviesa el texto de cabo a rabo. Tiene que ver con posiciones tan opuestas como la que enfatiza el supuesto “conservadurismo político femenino”, por un lado, y la argumentación de que la participación de las mujeres en política es necesaria para “moralizar” a esta última, por el otro.

Vale la pena considerar que el levantamiento de la información se realizó, premeditadamente, fuera del calendario electoral, de manera que el grado de interés e información acerca del tema refleja, quizá, su punto más bajo. No deja de sorprender, con todo, la ajenezidad y el desdén que la política parece despertar en la mayor parte de las y los entrevistados.

De acuerdo con la encuesta y como para documentar el más negro pesimismo, el apartado sobre opiniones, actitudes y valores incluye el panorama siguiente:

—Las mujeres no son más autoritarias que los hombres, pero más del 20 por ciento del total dice que preferiría “una autoridad fuerte que mantuviera el orden frente a un gobierno democrático con alternancia en el poder”.

—Sólo el 9 por ciento del total afirma que la política le interesa mucho; más hombres que mujeres afirman que la política les interesa mucho y entre los que expresan menor interés se encuentran las amas de casa: a dos terceras partes de la población encuestada la política les interesa “poco” o “nada”.

—Más mujeres que hombres no se informan sobre política y la mitad del total dice estar “poco” o “nada” informada.

—Más mujeres que hombres dicen no hablar “nunca” de política. El doble de hombres que de mujeres dice que habla de política “todos los días”, pero más de un tercio del total dice que no habla “nunca” de política.

—Las mujeres, por lo demás, contestan “no sabe” con más frecuencia que los hombres.

Con todo, Anna Fernández destaca que las diferencias señaladas entre hombres y mujeres no son muy notables en puntos porcentuales. Las variables más significativas, las que marcan diferencias sustanciales son, nos dice, el ingreso y la educación.

En el capítulo dedicado al comportamiento y preferencias electorales, destaca el alto porcentaje (más del 60 por ciento) que opina que en México no se respeta el voto, sin discrepancias de peso entre hombres y mujeres; no obstante, aproximadamente las dos terceras partes de los y las encuestadas di-

cen considerar al voto como “muy importante” o “importante”; de nueva cuenta, la valoración del voto es más alta para los hombres que para las mujeres; a propósito del abstencionismo electoral, la encuesta no mostró mayores discrepancias entre hombres y mujeres, pero de entre los que no votaron (la pregunta se refería a las elecciones presidenciales de 1994) más mujeres que hombres dijeron haberse abstenido porque no tenían credencial ni interés, y algo más de hombres porque “no pudieron ir”. De los motivos del voto, más mujeres que hombres dijeron votar por un determinado partido “por costumbre”, mientras que más hombres que mujeres afirman que lo hacen por “el programa” y “el candidato”. Con todo, la encuesta dio aquí una sorpresa: aunque con una diferencia de sólo tres puntos porcentuales, las amas de casa privilegiaron entre los motivos del voto “el cambio” sobre “la costumbre”, lo cual, comenta la autora, “trastoca creencias culturales y rompe tendencias analíticas que apuntaban a este sector como uno de los más tradicionales, conformes y continuistas con relación al sistema político existente” (p. 105)

Anna Fernández comenta que, a pesar de que en otras encuestas las mujeres se ubican más a la derecha, en su estudio éstas destacan, más bien, por la ausencia de tendencia política y, de nuevo, por la respuesta “no sabe”. En relación con la simpatía partidaria, nos dice, se encuentran más simpati-

zantes mujeres por el PRI, similar número de simpatizantes hombres y mujeres por el PAN y más simpatizantes hombres por el PRD; la respuesta “no sabe” fue también más numerosa entre las mujeres.

El punto en el que las respuestas entre hombres y mujeres apareció marcadamente diferente fue en torno a la percepción sobre la suficiencia o insuficiencia del número de mujeres en cargos públicos: las mujeres en general, incluidas las amas de casa, opinaron en un alto porcentaje que éste era insuficiente. Del mismo modo, fue diferente la preferencia expresada por hombres y mujeres en relación con el sexo de los candidatos a puestos públicos: un alto porcentaje del total entrevistado expresó indiferencia por el sexo (43.3 por ciento), pero los hombres dicen confiar en segundo lugar en los hombres y las mujeres en una mujer.

En resumen, ellas sí parecen menos interesadas e informadas, también más distantes y hasta indiferentes, que ellos frente a la política. Pero la insistencia de Anna Fernández es importante: se trata de una diferencia (en puntos porcentuales) no muy sensible y, sobre todo, matizada por la intervención de otras variables; la educación, la edad y el ingreso modifican notablemente los rasgos de la cultura política mostrada por los y las entrevistadas. De cualquier modo, el asunto del conservadurismo femenino no parece cancelarse con una negativa rotunda; más bien parece relativizado. Y aun

en el caso de las amas de casa que dijeron votar motivadas por el cambio, habría que considerar el atractivo del término cuando el país no terminaba de pasar por una de las más severas crisis económicas del siglo.

Para Anna Fernández, no obstante, la cuestión desencadenó una de las secciones más interesantes del libro: la reflexión, por ejemplo, entre el significado preciso del término “conservador” aplicado a la opción política, frente a este mismo referido a la moral social. También la relativización de su significado en el contexto nacional, a propósito del cual la autora pregunta: ¿qué es lo conservador, votar por el Partido Acción Nacional (PAN) —partido tradicional de derecha y que nunca ha estado en el poder— o por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) —*cuasi* único y perpetuado por 65 años en el gobierno?

Y en una última vuelta de tuerca, el cuestionamiento más radical: “cómo se pretende que las mujeres participen en igualdad de condiciones y derechos en la política cuando los espacios, intereses, estilos y horarios de hacer política son eminentemente masculinos, y las temáticas e intereses que se dirimen en partidos y gobierno esencialmente androcéntricos, ¿qué tienen que hacer las mujeres en esos lugares? Quien es conservadora es realmente la política, en el sentido de que se mantiene impenetrable y sin cambios, y las mujeres [...] lo que hacen es adaptarse a esa realidad existente” (p. 189).